

VECTORES.

Revista en Ciencias de la Educación
www.vectoreseducativos.uanl.mx

Artículo de investigación

La educomunicación como estrategia para prevenir la deserción escolar

Recepción (Received): 13 de enero de 2026

Aceptación (Accepted): 1 de junio de 2026

Publicación (Published): 9 de septiembre de 2026

DANTE LEONARDO IPANAQUE QUINDE

<https://orcid.org/0009-0009-7895-6196>

Universidad Autónoma de Nuevo León

dante.ipanaqueq@uanl.edu.mx

Cómo referenciar este artículo:

Ipanaque, D. (2026). La educomunicación como estrategia para prevenir la deserción escolar. *Vectores*, 6 (1), 44-58. DOI: <https://doi.org/10.56375/ve6.1-74>

Esta revista y sus artículos se publican bajo la licencia [Creative Commons Atribución-No-Comercial Compartir Igual 4.0 Internacional \(CC-BY-NC-SA-SA 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/), por lo cual es libre de usar, compartir y adaptar el contenido de VECTORES siempre que se otorgue el crédito, no se usa para fines comerciales, y se comparte cualquier

La educomunicación como estrategia para prevenir la deserción escolar

DANTE LEONARDO IPANAQUE QUINDE

<https://orcid.org/0009-0009-7895-6196>

Universidad Autónoma de Nuevo León

dante.ipanaqueq@uanl.edu.mx

Resumen

La deserción escolar continúa siendo uno de los problemas más graves y persistentes del sistema educativo en México, particularmente en contextos marcados por la pobreza, la desigualdad social y la exclusión educativa. Las causas que llevan a un estudiante a abandonar la escuela son múltiples y complejas, desde dificultades económicas, entornos familiares inestables, necesidad de incorporarse tempranamente al trabajo, así como modelos educativos rígidos que no logran vincular los contenidos escolares con la realidad cotidiana del alumnado. En este escenario, la educomunicación se presenta como una alternativa pedagógica relevante, ya que propone no solo la transmisión de conocimientos, sino también la construcción de procesos comunicativos basados en el diálogo, la participación y el reconocimiento de la experiencia del estudiante. Desde esta perspectiva, educar implica, entre otras cosas, escuchar, generar sentido y fortalecer el vínculo entre la escuela y la vida social del educando. Este ensayo analiza la deserción escolar a partir de referentes teóricos como el aprendizaje significativo de Ausubel, la teoría del encuadre y la pedagogía crítica, con el propósito de evidenciar que el abandono escolar no es un fenómeno aislado ni una decisión individual repentina, sino el resultado de un proceso gradual de desconexión emocional, académica y social.

Palabras clave: Deserción escolar, Educomunicación, Aprendizaje significativo.

Educommunication as a Strategy to Prevent School Dropout

DANTE LEONARDO IPANAQUE QUINDE

<https://orcid.org/0009-0009-7895-6196>

Universidad Autónoma de Nuevo León

dante.ipanaqueq@uanl.edu.mx

Abstract

School dropout remains one of the most serious and persistent problems in the Mexican educational system, particularly in contexts characterized by poverty, social inequality, and educational exclusion. The factors that lead students to leave school are multiple and complex, including economic difficulties, unstable family environments, the need to enter the labor market at an early age, as well as rigid educational models that fail to connect academic content with students' everyday realities. In this context, educommunication emerges as a relevant pedagogical alternative, as it promotes not only the transmission of knowledge but also the construction of communicative processes based on dialogue, participation, and the recognition of students' lived experiences. From this perspective, education involves listening, creating meaning, and strengthening the relationship between school and students' social lives. This essay analyzes school dropout through theoretical frameworks such as Ausubel's meaningful learning theory, framing theory, and critical pedagogy, with the aim of demonstrating that school dropout is not an isolated phenomenon or a sudden individual decision, but rather the result of a gradual process of emotional, academic, and social disconnection.

Key words: School dropout, Educommunication, Meaningful learning.

Introducción

La deserción escolar sigue siendo una de las heridas más profundas del sistema educativo mexicano. En muchas comunidades, sobre todo en aquellas marcadas por la pobreza, la violencia o el abandono institucional, miles de jóvenes se ven obligados a dejar la escuela antes de tiempo. No lo hacen por desinterés o falta de talento, sino porque las condiciones de vida los empujan fuera de las aulas: hay que trabajar, cuidar a la familia o simplemente sobrevivir.

Pero la raíz del problema va más allá. ¿Por qué un estudiante, que una vez entró con ilusión a la escuela, termina sintiendo que no tiene lugar ahí? ¿Acaso no es suficiente lo que hoy ofrece la educación para mantenerlos? ¿Por qué los contenidos, los métodos y hasta los discursos siguen tan alejados de lo que viven en sus casas, en sus barrios? La escuela, cuando no dialoga con la realidad, se vuelve un espacio ajeno, y en lugar de ser un refugio, se convierte en una frontera más.

La deserción escolar no solo afecta al individuo que se va; también daña a la comunidad. Se debilita el tejido social cuando un joven se queda sin estudios, porque eso significa menos oportunidades, más frustración, y a veces, más riesgo de caer en dinámicas de exclusión o violencia. Cada estudiante que se pierde en el camino es una historia que pudo ser distinta. Frente a este panorama, necesitamos algo más que reformas administrativas o programas asistenciales. Con nuevas formas de enseñar, de conectar, de inspirar. La educomunicación aparece como una alternativa poderosa: no se trata solo de enseñar contenidos, sino de construir puentes entre lo que se dice en clase y lo que se vive afuera; entre lo que los estudiantes sienten y viven.

Este ensayo no busca dar recetas, sino abrir la conversación, es decir, si la educación realmente quiere transformar, entonces es necesario volver a mirar al estudiante como ser humano, con historia, con voz, con heridas y con esperanzas. La educomunicación, como práctica pedagógica y ética, puede ser una forma concreta de volver a hacer de la escuela un lugar al que valga la pena pertenecer.

Desarrollo

Educar con sentido, como clave para comprender la deserción escolar

Para entender por qué tantos jóvenes dejan la escuela, no basta con hablar de pobreza o problemas familiares. También hay que mirar con atención lo que pasa dentro del aula. ¿Qué se enseña? ¿Cómo se enseña? ¿Y, sobre todo, qué sienten los estudiantes al respecto? Aquí es donde se vincula a teoría del aprendizaje

significativo de David Ausubel. El proponía algo muy simple pero poderoso: solo se aprende de verdad cuando el nuevo conocimiento tiene sentido para quien lo recibe. Si lo que se enseña no conecta con la vida, la cultura o los intereses del alumno, entonces el aprendizaje se vuelve mecánico y se olvida rápido (Ausubel, D, 1978). Por eso, cuando los contenidos escolares se sienten ajenos, fríos o sin utilidad práctica, el estudiante comienza a desconectarse poco a poco. La escuela se vuelve una obligación más, y no un espacio donde crecer.

Pero esto no es inevitable, implicaría que cambiamos la manera de enseñar, con ello, cambiar el destino de muchos jóvenes. Aquí es donde la educomunicación, trasciende, al definirse por Oliveira Soares (2006), “es una estrategia que tiene como base los principios como la participación, la inclusión, el pensamiento crítico y la creatividad, los cuales pueden contribuir a transformar la experiencia escolar, haciendo que los estudiantes se sientan más motivados, involucrados” (p. 11). Es decir, que esta estrategia pedagógica, se trata de una forma distinta de enseñar; una que mezcla la educación con la comunicación, que escucha más, que dialoga y que permite que los estudiantes participen, opinen, creen.

Por lo que no se trata de llenar cuadernos, sino de construir ideas juntas, bajo esta mirada, el maestro ya no es solo el que transmite información, sino un guía que camina con sus alumnos, que reconoce lo que traen de casa, lo que sienten, lo que sueñan. Esto no solo mejora el aprendizaje; también refuerza el sentido de pertenencia. Y cuando un joven siente que es pieza fundamental en la escuela, que su voz importa, las posibilidades de abandono escolar disminuyen.

La realidad es que muchos estudiantes no abandonan la escuela porque quieren, sino porque ya se sintieron expulsados simbólicamente desde antes, es decir, cuando no hay participación activa de todo, porque no vieron en lo que aprendían algo que les ayudara a entender su vida, su entorno o su futuro. Esa falta de sentido no solo afecta el rendimiento, sino que deja huellas en la autoestima y en la manera en que los jóvenes se relacionan con el conocimiento. A la larga, se genera una herida profunda, y se genera la idea de que la educación no es para ellos. Se sienten excluidos y la escuela los quiere incluir pero no cuenta con las herramientas necesarias.

Por eso creo que debemos considerar ver que se va a enseñar y como se hace para ello, es importante recurrir a los aportes de la teoría del encuadre, tomada el campo de la comunicación, esto nos debe dirigir a la forma en la que se comunica un mensaje cambia totalmente la forma en que se recibe (Aruguete, N. 2011). Si le decimos a un joven que estudiar es su castigo o su única salida, probablemente lo rechace. Pero si le mostramos que aprender puede abrirle caminos, conectarlo con su comunidad y fortalecer sus capacidades, entonces

puede empezar a verlo como una oportunidad. A veces, cambiar el lenguaje con el que hablamos de la educación puede hacer que el alumno también cambie la forma en que la vive.

Lo anterior, se vincula directamente con el Objetivo de Desarrollo Sostenible número 4: lograr una educación de calidad, inclusiva y equitativa para todos. Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL, 2020), no se trata solo de que los alumnos lleguen a la escuela, sino de que encuentren un lugar donde puedan desarrollarse de manera integral. Para eso, hay que transformar el aula. Hay que convertirla en un espacio donde nadie se sienta fuera de lugar, donde cada joven pueda ver reflejada su identidad, su historia, sus posibilidades.

La educomunicación permite transformar a la escuela al hablar el idioma de sus estudiantes, que no impone verdades sino que construye sentido, es decir, es una forma de liderazgo educativo que no se limita al escritorio del director, sino que empieza en cada clase donde se enseña con propósito, donde se escucha con empatía y donde se forma ciudadanía desde el respeto y el diálogo. Como lo plantea la UNESCO (2016), la calidad educativa no puede entenderse sin una fuerte dimensión inclusiva, participativa y centrada en el estudiante, donde se valore la diversidad y se promueva una ciudadanía activa y transformadora.

Al final, el abandono escolar no es solo una cifra, sino que es una historia que pudo ser distinta y prevenirlo no es solo tarea de políticas públicas o reformas institucionales, sino también de educadores que se atreven a enseñar desde otro lugar, con otro lenguaje y con otra actitud. Educar con sentido, con emoción, con compromiso. Eso es lo que puede marcar la diferencia en nuestros países.

Deserción Escolar y Desconexión Educativa

La deserción escolar, también conocida como abandono escolar, es uno de los problemas más delicados que enfrentan los sistemas educativos, sobre todo cuando se trata de jóvenes en situaciones de vulnerabilidad. No es un hecho que ocurra de la noche a la mañana, ni responde a una sola causa. Al contrario, se trata de un proceso que involucra varios factores que se cruzan entre sí: lo emocional, lo familiar, lo escolar y lo social.

En este sentido, como bien lo afirman García Hernández y Domínguez Espinoza (2019), “la decisión de un estudiante de dejar la escuela no obedece a un impulso repentino, sino que responde a un proceso en el que el alumno manifiesta patrones previos de desvinculación progresiva” (p. 2). Esos patrones muchas veces reflejan situaciones personales, problemas familiares, falta de apoyo afectivo o

económico, escasa motivación académica o vivir en contextos que no ofrecen alternativas claras. Todo esto, poco a poco, va desconectando al joven de su escuela, lo que termina afectando su permanencia.

La desigualdad también juega un papel fuerte, tal como como subrayan García Hernández y Domínguez Espinoza (2019), “un contexto de vulnerabilidad socioeconómica suele aumentar el riesgo de abandono educativo, perpetuando ciclos de pobreza y exclusión social al limitar las oportunidades futuras de los desertores escolares” (p.89). Cuando la escuela deja de ser un espacio de oportunidades reales y se convierte en una carga, muchos estudiantes optan por abandonarla para atender otras urgencias, como trabajar o cuidar de su familia. Como señalan Garrido-Miranda y Polanco Madariaga (2020), “el trato e interés demostrado hacia ellos, los apoyos pedagógicos y personales prestados y el tipo de estrategia implementada en clases, resultan relevantes para los estudiantes que, estando en riesgo, aún no han decidido abandonar la escuela” (p.19). Esta idea refuerza algo clave: la actitud del docente puede convertirse en un factor protector o, por el contrario, en un detonante para el desenganche. Cuando los jóvenes sienten indiferencia, maltrato o abandono por parte de sus maestros, su conexión con la escuela se debilita drásticamente.

A todos estos factores se suman otros más recientes, como por ejemplo, la pandemia de COVID-19 fue un parteaguas para la educación en todo el mundo. El cierre prolongado de las escuelas obligó a migrar hacia una educación a distancia que, para muchas familias, resultó inaccesible. No todos tenían computadoras, buena conexión o un espacio tranquilo para estudiar. Frente a eso, la prioridad cambió: primero la supervivencia, luego, si acaso, la escuela. Como relatan Ruiz Muñoz y Álvarez Gil (2024) “la sobrevivencia se convirtió en la prioridad durante la pandemia, y la cuestión escolar... pasó a un segundo término pues a veces había que escoger entre comer y pagar internet” (p. 743).

Pero no todo fue pérdida, una parte del alumnado pudo reincorporarse a sus clases cuando volvieron a ser presenciales, sobre todo si hubo apoyo emocional, académico o institucional. Sin embargo, muchos otros no regresaron. La pandemia evidenció que, si no se atienden las brechas digitales, económicas y emocionales, hablar de “educación para todos” se queda solo en el discurso.

Aportes de la Educomunicación y el aprendizaje significativo

Hoy más que nunca, la escuela está llamada a replantearse su papel, no basta con cubrir planes de estudio ni con entregar calificaciones. La verdadera tarea está en reconectar a los estudiantes con el sentido de aprender. Porque cuando un joven deja la escuela, no solo se interrumpe un proceso académico: se rompe un vínculo

con su proyecto de vida, con sus oportunidades, y muchas veces, con su autoestima. Por eso, la escuela no puede seguir siendo un espacio frío o burocrático. Necesita volver a ser ese lugar donde el estudiante se sienta visto, escuchado y valorado.

En este contexto, dos enfoques nos ofrecen herramientas concretas: la educomunicación y el aprendizaje significativo. Ambos tienen en común algo fundamental: colocan al estudiante en el centro y reconocen que la educación no es solo transmisión de contenidos, sino una construcción compartida de sentido.

La educomunicación es mucho más que el uso de medios en el aula; es una filosofía educativa que combina pedagogía y comunicación con un enfoque participativo, crítico y liberador. Es una apuesta por escuelas que dialogan, que preguntan y que se abren al contexto real de sus alumnos. Tal como señala Barbas Coslado (2012), su propósito es “la construcción y creación colectiva a través del intercambio simbólico y el flujo de significados” (p. 90). Es decir, no se trata solo de que los alumnos aprendan, sino de que aprendan a decir, a pensar, a transformar.

Barbas (2012) lo expresa con claridad: “el diálogo permite que aparezcan los vacíos, contradicciones y puntos ciegos del pensamiento, generando nuevas comprensiones” (p. 11). En otras palabras, el aprendizaje profundo no nace de la repetición, sino del intercambio humano. Y eso implica cambiar la postura docente: dejar de vernos como dueños del saber y empezar a reconocernos como facilitadores de procesos transformadores. Un maestro que dialoga y escucha no solo enseña; construye ciudadanía y esperanza.

Esta mirada contrasta con los modelos educativos tradicionales, muchas veces centrados en el control, la obediencia y la memorización. Bajo este enfoque vertical, el estudiante apenas tiene margen para opinar o para relacionar lo aprendido con su realidad. La educomunicación rompe con esa lógica, proponiendo espacios horizontales, donde todos los actores, docentes, estudiantes, familias, participan de manera activa en la construcción del conocimiento. Esto no solo enriquece el aprendizaje, sino que fomenta la autoestima, el sentido de pertenencia y la corresponsabilidad educativa.

Por otro lado, el aprendizaje significativo, propuesto por David Ausubel (1978), nos recuerda que no aprendemos de verdad cuando repetimos datos, sino cuando lo nuevo se conecta con lo que ya sabemos y vivimos. Si lo que se enseña no tiene relación con la vida cotidiana, con la cultura del estudiante o con sus intereses reales, difícilmente dejará huella. El aprendizaje se vuelve mecánico, superficial,

olvidable. Pero cuando el conocimiento despierta curiosidad, cuando tiene sentido y utilidad, entonces el estudiante se apropia de él, lo integra y lo convierte en herramienta para su vida.

Parra Ocampo y Mejía Narro (2022) precisan que el aprendizaje significativo permite “desarrollar nuevas ideas, nuevas capacidades de interpretar, sintetizar y conceptualizar los conocimientos” (p.1). En ese sentido, educar no es llenar la mente, sino abrir caminos. Un joven que siente que lo que aprende le sirve, que se ve reflejado en lo que se le enseña, es menos propenso a abandonar la escuela. Porque la escuela deja de ser un lugar ajeno, y se convierte en un espacio de crecimiento personal.

Ambos enfoques comparten algo profundo, es decir, ponen a la persona en el centro del proceso educativo; no al plan, no al sistema, no a la rutina, sino a la persona. Y esto implica valorar lo que el estudiante trae consigo, su historia, sus emociones, su contexto, sus sueños. La educomunicación y el aprendizaje significativo nos invitan a construir aulas que dialogan, que preguntan, que comprenden, en lugar de imponer, sancionar o invisibilizar, situación que se ha perdido en muchas de las aulas de nuestro país.

También hay que destacar que aprender no es solo un acto mental, sino también un acto emocional y social y es que está demostrado que aprendemos mejor cuando nos sentimos valorados, cuando hay confianza, cuando el ambiente es respetuoso. En ese sentido, la empatía, el respeto y la colaboración no son lujos pedagógicos; son condiciones indispensables para que el aprendizaje suceda. Como afirman Báez Pérez, Begnini Domínguez y Espinosa Cevallos (2023), lo importante es generar experiencias que combinen “curiosidad, reflexión y aplicación de conocimientos a diversos contextos” (p. 523).

Ahora bien, la tecnología también debe ponerse al servicio de esta visión, dado que no basta con que los alumnos sepan usar una computadora o un celular; necesitan aprender a pensar con ellos, a crear, a comunicar y a comprender críticamente lo que ven y consumen. En este sentido, la educomunicación ofrece una alfabetización digital que no se queda en lo técnico, sino que forma ciudadanos críticos, activos y comprometidos.

La escuela del futuro y del presente, es aquella que escucha, dialoga, transforma y acompaña. Donde cada clase es una oportunidad para construir sentido, para fortalecer vínculos y para enseñar con propósito (Freire, P, 1970). Dado que cuando hablamos de prevenir la deserción escolar no empieza con reformas gigantescas, sino con cambios reales en la forma en que educamos cada día, claro, en la idea que la deserción escolar es una preocupación para todos.

La herida del abandono: cifras que interpelan

La educación no está alejada de la vida diaria de ningún ser humano; por el contrario, es una condición para su desarrollo o al menos, así se ha entendido históricamente: como una institución que forma, protege y abre oportunidades. Pero ¿qué pasa cuando esto ya no se cumple? ¿Qué ocurre cuando miles de jóvenes abandonan la escuela porque ya no encuentran sentido en lo que esta les ofrece?

A este fenómeno estructural se suman las nuevas tecnologías, las redes sociales y recientemente la inteligencia artificial. Muchos adultos las ven como amenazas, pero para los jóvenes son parte de su entorno natural, sin embargo, pareciera que la escuela aún no logra comprenderlo. Si no se actualiza, si no dialoga con estas nuevas realidades, si sigue enseñando con métodos y discursos del siglo pasado, simplemente quedará atrás. Y con ella, quedarán atrás también sus estudiantes. Antes, se preparaba a los jóvenes para insertarse en la sociedad. Hoy, el desafío es prepararlos para habitar un mundo de incertidumbre, virtualidad y constante cambio. Si el sistema educativo no cambia, la desconexión será inevitable. Y cuando un estudiante se desconecta, comienza el proceso silencioso de su exclusión.

En México, más de 1.4 millones de estudiantes abandonaron la escuela durante la pandemia, una cifra alarmante revelada por la Encuesta para la Medición del Impacto COVID-19 en la Educación (INEGI, 2021). Una especialista costarricense, al reflexionar sobre este dato, señaló que si colocáramos a cada joven en fila, esa hilera alcanzaría a conectar la Ciudad de México con Cancún. Es una imagen brutal, pero real: una línea de vidas interrumpidas. No son cifras, son rostros.

En países como Perú, el Ministerio de Educación reportó que más de 124,000 estudiantes abandonaron sus estudios en 2021 (MINEDU, 2022), y cifras más recientes de la Encuesta Nacional de Hogares indican que la deserción persiste, sobre todo en zonas rurales, y se relaciona con el trabajo infantil, la pobreza y la falta de acceso digital (INEI, 2023). En Brasil, UNICEF advirtió que más de 5 millones de niños y adolescentes están en riesgo de quedar fuera del sistema escolar a raíz de la pandemia y sus secuelas socioeconómicas (UNICEF Brasil, 2021).

¿Y luego qué? Cuando estos jóvenes abandonan la escuela, quedan expuestos a dinámicas de violencia, informalidad o consumo de drogas. Se rompe el vínculo educativo y, con él, se debilita el tejido social. El Estado, que no logró incluirlos, termina sancionándolos. El ciclo se repite. Y con cada repetición, perdemos la oportunidad de construir una sociedad más justa.

Educar con propósito: una vía posible para reducir el abandono escolar

No se trata de tener la verdad absoluta, ni de presentar fórmulas mágicas para resolver un problema tan complejo como la deserción escolar, pero sí podemos, desde la práctica docente y la reflexión crítica, identificar rutas posibles que contribuyan a disminuir sus causas y consecuencias. Educar con propósito, es decir, con sentido, con humanidad y con visión transformadora, puede ser una de esas rutas.

Una educación con propósito es aquella que reconoce que detrás de cada estudiante hay una historia, una identidad y un contexto, no se limita a cubrir planes de estudio o a aplicar evaluaciones estandarizadas, sino que busca conectar los saberes escolares con las experiencias de vida. Como señalan Báez Pérez, Begnini Domínguez y Espinosa Cevallos (2023), una experiencia educativa significativa combina la curiosidad, la reflexión y la aplicación de conocimientos a contextos reales (p. 523). Cuando eso sucede, el aprendizaje se vuelve relevante y el aula se transforma en un lugar donde vale la pena quedarse.

Educación con propósito también implica revisar el lenguaje, las prácticas y los espacios que componen la vida escolar. Desde la forma en que se inicia una clase hasta cómo se responde a un error, todo comunica. Por ello, si el sistema reproduce estructuras que invisibilizan, homogenizan o castigan, es natural que muchos jóvenes, sobre todo los que ya están en situación de vulnerabilidad, se sientan ajenos y decidan marcharse. El abandono escolar, como lo demuestra la evidencia, es un proceso que suele comenzar mucho antes del acto físico de dejar de asistir (García Hernández y Domínguez Espinoza, 2019).

Frente a esta realidad, no basta con ofrecer estrategias didácticas genéricas o enfoques uniformes. La escuela tradicional muchas veces se comporta como el lecho de Procusto, aquel personaje de la mitología griega que cortaba o estiraba a sus huéspedes para que encajaran en su cama, sin importar el daño causado. Así, el sistema educativo intenta forzar a todos los estudiantes a caber en el mismo molde: los mismos contenidos, los mismos tiempos, las mismas evaluaciones, sin atender sus contextos, capacidades o necesidades. En un mundo complejo, diverso y cambiante, pretender que todos aprendan igual es, en el fondo, una forma moderna de exclusión (Morin, 2005; Bolívar, 2006).

En este escenario, lo que se necesita no es un maestro que ajuste al estudiante al sistema, sino un educador que transforme el sistema para adaptarlo a las personas. Esto exige un liderazgo pedagógico sensible, basado en la dedicación, el esfuerzo y la constante capacitación. Un docente empoderado no es quien lo sabe todo, sino quien se compromete a comprender cada historia, a ajustar su práctica sin

perder el rigor, y a crear espacios donde la diferencia no sea obstáculo, sino punto de partida. Educar con propósito, en este sentido, es también una forma de resistencia ética frente a una estructura que muchas veces normaliza el abandono. También se requiere un entorno institucional que respalde esta transformación. Es urgente que las políticas educativas reconozcan el valor del enfoque humanista y participativo, y que se invierta no solo en infraestructura, sino en formación docente, acompañamiento emocional y comunidades de aprendizaje.

Educar con propósito no es una garantía absoluta contra la deserción, pero sí una forma concreta de resistirla. Es una apuesta por una escuela que no solo enseñe, sino que también cuide. Que no solo exija, sino que también inspire. Y que, sobre todo, no renuncie tan fácilmente a sus estudiantes.

Conclusiones

Al concluir este ensayo, se afirma que hablar de deserción escolar no es hablar solo de cifras, indicadores o políticas fallidas; es hablar de personas concretas, de niños y jóvenes, cuyos vínculos con la escuela se han ido desgastando lentamente hasta romperse. Cada joven que deja de asistir al aula representa no solo una pérdida para el sistema educativo, sino también una fractura en su proyecto de vida. Detrás de cada caso de abandono hay un cúmulo de condiciones adversas que rara vez se explican en una sola causa: pobreza, violencia familiar, desmotivación, pedagogías rígidas, escuelas desvinculadas de su entorno. En esa complejidad estructural y subjetiva es donde debe situarse cualquier análisis serio de esta problemática.

Este ensayo ha planteado que la solución no puede buscarse exclusivamente en políticas asistencialistas o en reformas burocráticas desconectadas de la vida cotidiana de las aulas, sino que se propone el camino de la transformación pedagógica desde una perspectiva crítica y humanista, a través de la educomunicación y del aprendizaje significativo. Estos enfoques no pretenden sustituir todo el aparato escolar, sino reorientar su sentido: pasar de la reproducción mecánica del conocimiento a la creación colectiva del saber, del control unidireccional a la participación dialógica, de la indiferencia institucional al compromiso emocional.

La educomunicación, como estrategia pedagógica, al integrar los lenguajes pedagógicos y comunicacional, permite construir escenarios educativos más democráticos, inclusivos y contextualizados. Educar desde la comunicación no es hablar más fuerte, sino escuchar mejor; no es repetir el contenido, sino generar sentido de pertenencia y con ello identidad de los estudiantes.

Y ese sentido se construye en comunidad, a través del diálogo horizontal, del reconocimiento de la voz del estudiante, y de la conexión entre el saber académico y la experiencia de vida. Este principio dialógico, inspirado en la pedagogía de Paulo Freire, no solo potencia la motivación intrínseca del alumnado, sino que actúa como un dispositivo de reencuentro entre el joven y la escuela, lugares propicios para prevenir los índices de abandono escolar en nuestro país, comencemos a idear una escuela donde todos entremos y no hagamos como El lecho de Procusto, donde a fuerza queramos que todos ingresen al sistema de justicia.

Asimismo, el aprendizaje significativo, permite recuperar la dimensión cognitiva y afectiva del aprendizaje, reconociendo que el estudiante no parte de cero, sino que llega con saberes, preguntas y emociones que deben ser incorporadas en el acto educativo. Enseñar sin tener en cuenta el contexto del aprendiz es una forma sutil de exclusión. Por el contrario, construir puentes entre el contenido académico y la realidad cotidiana del alumno es una forma de inclusión profunda y efectiva.

Ambas perspectivas coinciden en un punto esencial, en donde el aula no es un espacio neutral, sino es un territorio simbólico donde se reproducen, se disputan y se transforman sentidos. Por ello, la educomunicación no es solo una herramienta metodológica, sino una apuesta ética y política. En ella se juega la posibilidad de recuperar la escuela como lugar de pertenencia, especialmente para quienes han sido históricamente marginados del sistema educativo.

Para nadie es sorpresa que el COVID-19 ha visibilizado con crudeza estas desigualdades y ha profundizado la desconexión educativa, evidenciando que no basta con garantizar el acceso físico a la educación: también es necesario garantizar el vínculo, el acompañamiento, la contención emocional y la relevancia de lo que se enseña. En ese sentido, urge repensar el rol del docente, no como un transmisor de contenidos, sino como un mediador cultural, un comunicador sensible y un facilitador de procesos de transformación personal y colectiva.

Por ello, que prevenir la deserción escolar requiere más que programas asistenciales: exige un cambio de paradigma en la manera de enseñar y aprender. La educomunicación y el aprendizaje significativo nos ofrecen esa posibilidad: no como recetas cerradas, sino como caminos abiertos hacia una escuela más humana, más cercana y más justa. Apostar por estas estrategias es reconocer que cada estudiante tiene derecho no solo a aprender, sino a ser escuchado, acompañado y reconocido.

Y tal vez ahí, en ese acto profundo de reconocimiento mutuo entre docente y alumno, resida la verdadera posibilidad de transformar la educación. Porque educar no es llenar cabezas vacías, sino encender llamas. Y cada llama encendida en el aula es una historia de abandono que no se concreta, una esperanza que se renueva, trabajemos para evitar que más jóvenes abandonen la escuela, en un mundo globalizado no puede ser la educación un derecho exclusivo de quienes tienen los recursos.

Referencias

- Aruguete, N. (2011). *Los encuadres noticiosos: Aportes de la teoría del framing al estudio de la comunicación*. Comunicación y Sociedad, (16), 67-94. <https://www.redalyc.org/pdf/3239/323927065004.pdf>
- Ausubel, D. (1978). *Psicología educativa: Un punto de vista cognoscitivo*. México: Trillas.
- Báez Pérez, B. M., Begnini Domínguez, L. F., y Espinosa Cevallos, P. A. (2023). La educomunicación como herramienta de construcción de paz en el proceso de desarrollo integral en niños. *Recimundo*, 7(1), 520-528. <https://doi.org/10.26820/recimundo/7.1.enero.2023.520-528>
- Báez, B., Begnini, L., y Espinosa, P. (2023). La educomunicación como herramienta de construcción de paz en el proceso de desarrollo integral en niños. *Recimundo*, 7(1), 520-528. <https://doi.org/10.26820/recimundo/7.1.enero.2023.520-528>
- Barbas Coslado, Á. (2012). Educomunicación: desarrollo, enfoques y desafíos en un mundo interconectado. *Foro de Educación*, 14, 157-175.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2020). *Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS)*. Naciones Unidas. <https://www.cepal.org/es/temas/agenda-2030-desarrollo-sostenible/objetivos-desarrollo-sostenible-ods>
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Tierra Nueva.
- García Hernández, M., y Domínguez Espinoza, I. (2019). Factores psicosociales de la deserción escolar en adolescentes. *Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (Redalyc)*.
- García, M., y Domínguez, I. (2019). Factores psicosociales de la deserción escolar en adolescentes. *Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (Redalyc)*.
- Garrido-Miranda, J., y Polanco, M. (2020). La voz de los estudiantes en riesgo de abandono escolar: Su visión sobre el profesorado. *Perfiles Educativos*, 42(170), 6-21. <https://doi.org/10.22201/issue.24486167e.2020.170.59512>
- Kaplún, M. (1998). *Una pedagogía de la comunicación*. Madrid: Ediciones de la Torre.

- Ministerio de Educación del Perú [MINEDU]. (2022). Balance de la Estrategia “Somos Pares”. <https://www.minedu.gob.pe>
- Morin, E. (2005). Introducción al pensamiento complejo. Barcelona: Gedisa.
- Parra, P., y Mejía, E. (2022). El impacto del aprendizaje significativo en la educación del siglo XXI. Universidad Nacional de Moquegua.
- Ruiz Muñoz, M., y Álvarez Gil, F. (2024). Educación y pandemia de COVID-19: ¿abandono, desconexión o distanciamiento escolar? Revista Mexicana de Investigación Educativa, 29(102), 731–750.
- Ruiz, M., y Álvarez, F. (2024). Educación y pandemia de COVID-19: ¿abandono, desconexión o distanciamiento escolar? Revista Mexicana de Investigación Educativa, 29(102), 731–750.
- UNESCO. (2016). Education 2030: Incheon Declaration and Framework for Action for the implementation of Sustainable Development Goal 4. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000245656>
- UNICEF Brasil. (2021). Mais de cinco milhões de crianças e adolescentes fora da escola. <https://www.unicef.org/brazil/comunicados-de-imprensa>.